

PRÓLOGO

LAS "ASTURIAS" DE ASTURIAS EN MADRID, por Mauro Muñiz.

Se trata, sin ninguna duda erudita objetiva, de un esfuerzo sin precedentes en toda la dimensión informativa sobre una institución, la del Centro Asturiano madrileño, con auténticas repercusiones en nuestra cultura regional universal. Así que al culminarse esta obra, que ha exigido años de esfuerzo recopilador, riguroso y puntual, han quedado censados para la historia los hechos, las manifestaciones, el aguante y la capacidad creativa en asociación, nada menos que de ocho generaciones, las que van, en cronología orteguiana, desde los tiempos fundacionales hasta nuestros días. Querido lector: nadie podría afirmar que la asturianía no es una energía de permanente irradiación en la cultura del pasado y del presente de España y de Europa. Las pruebas quedan registradas: *finis coronat opus*.

El Centro Asturiano de Madrid nació cuando en España aparecía en actividad política de desguace la izquierda dinástica sagastina, comenzaba la política de los partidos turnantes, nacían Picasso y Juan Ramón Jiménez, Ortega y Gasset y Eugenio D'Ors y tantos otros españoles cimeros a los que corresponderá la dinámica de la desconvivencia nacional que enlaza la Restauración, la Generación del 98, las revoluciones socialistas y anarquistas, la aparición frentista del comunismo, el progreso de los ferrocarriles, las primeras infraestructuras comerciales, y el urgente protagonismo de las masas obreras, el comercio, la emigración transoceánica española, y tantas otras cosas. La primera parte de la biografía asociativa asturiana en la capital de España sufre las consecuencias de dos guerras mundiales, la caída de Primo de Rivera y tras él, de la monarquía borbónica; la Guerra Civil y todas las consecuencias del distanciamiento de las minorías intelectuales activas, que no acababan de encontrar sitio y se descomprometían del sistema. Los asturianos, en familia y con las naturales discrepancias, se unían, estaban *xuntinos* en aquel poblachón manchego llamado capital de España, según puntualizaba Azorín. Un ejemplo, oiga usted, el de los asturianos y sus familias en la diáspora, que pedían trabajo y laboraban por España.

Tras la guerra, y ya en plena dictadura franquista, viene lo que llama el autor de la obra: La Refundación (1951-2000). Y ya estamos, de abajo a arriba y de arriba a abajo en el tercer milenio y vamos de largo dispuestos a seguir adelante. En este segundo tomo de esta *opera omnia* biográfica queda, en apuntaciones casi notariales, lo realizado, que es el umbral de lo que se va a aportar a esa globalización del mundo que no será viable, ni por supuesto fecunda, si no se considera el regionalismo, la regionalidad, las regiones y sus gentes a pie de obra como el tejido sin el que no es posible la convivencia de los Estados ni de sus lógicas uniones, a partir

de los intereses de cada nacionalidad. Por eso se dice que en la Europa de todos, ya en la ligazón y en la identificación de una todavía utópica supranacionalidad, existen incalculables dimensiones. ¿Qué va a pasar? ¿Qué vamos a hacer? Lo que sí sabemos los asturianos y la asturianía es lo que hemos pasado, lo que hemos hecho y lo que estamos haciendo.

El autor ha anotado, con pulso de gacetilla, el día a día de los hechos que se fueron realizando por la entidad, dejándoles hablar por sí mismos como en una memoria behaviorista, de tal manera que, por acumulación, al seguirlos, en cualquier fecha del tiempo transcurrido, no podemos sino asombrarnos de la voluntad que tuvieron las generaciones asturianas de convivir social y solidariamente con el Madrid plural que les tocó. Hicieron y se comprometieron en ese *puxa Asturias, puxa España*, Asturias y España en todas las ocasiones, que ahora nos llena de orgullo.

¡Vaya tela para cronicar desde los armarios y almaríos del Centro! Ya advierte el cronista que *ambos tomos sobre el mismo tema* se diferencian notablemente, pues que la documentación consultada tiene características poco comunes. El fichaje de los datos, el contraste de las fuentes -archivos propios conservados, Biblioteca Nacional, hemerotecas, cartas y memorias, balances anuales, etc.- han supuesto, y *de visu y de auditu* algunos amigos del autor lo hemos comprobado, un verdadero calvario sólo superado por quien tiene la asturianía vocacional a prueba de barreno, de tormenta y de cansacios, de dignidad en la verdad a pesar de las incomprensiones no sólo administrativas sino también políticas.

Una década después de terminada la guerra, y de distintas procedencias políticas y testimoniales, por lo tanto conviviendo en la superación de las consecuencias, vemos cómo los asturianos de Madrid retoman la responsabilidad de seguir con lo que parecía ya una biografía, la del Centro, muerta para siempre. Sin preguntar de dónde vienen, sino en la fusión de saber a dónde van. Este magnífico Centro Asturiano de Madrid, por el que entra el Tercer Milenio cargado de posibilidades para el mundo, es la consecuencia -y esta es la lección que nos brinda la lectura de nuestro pasado y presente- recogida en estas páginas.

La década en la que se termina el racionamiento y nos dan la identidad y el pasaporte. La siguiente década, que es la del desarrollo enérgico, aunque desordenado, del franquismo, a caballo de la convivencia en la esperanza de la evolución de las instituciones políticas para alcanzar la libertad, y la renta de las 900 pesetas *per capita*, sin cuyo techo no se podría alcanzar la libertad democrática según los tecnócratas del Opus. Los cambios dentro del Régimen, las nuevas formas de relación entre trabajadores y empresarios, el sindicalismo nucleado en las Hermandades de Trabajo, los partidos políticos en la clandestinidad, la nueva diáspora del *p' Alemania zumbando*, el sentimiento común entre los asturianos de aquí y de allá de que había que restañar heridas y cicatrices, mientras desaparecían los tranvías de la Puerta del Sol y el Centro Asturiano crecía.

Ojalá este libro de memorias demuestre, una vez más, a quien lo leyere, que si es cierto que los hombres somos nosotros y nuestras circunstancias, también lo es que en la interacción de ambos términos está la grandeza del devenir histórico porque, y en el caso de los asturianos, las circunstancias negativas han acrecentado el valor de nuestro trabajo al vencerlas y superarlas. *Hoy como ayer, mañana como hoy*, haciendo de las piedras pan, del paisaje levadura, y de las Asturias de Asturias diálogos y puentes. Durmiendo donde nos coja la noche, levantándonos a pie de obra cada día. En el "¡aquí estamos para lo que haga falta!".

Las *Asturias* de Asturias, más allá y más acá de la interpretación orteguiana que, en su teoría de *El Espectador*, nos interpreta insuficientemente, quizá impresionado por la rectitud sin curvas de la Castilla unitaria como una armónica sucesión de campanarios, de pueblecitos, de comunidades casi idílicas, en la armonía de la obra bien hecha pero sin apercibirse de que al *et in Arcadia ego*, suceden en la grandeza del mar, la mina y el cielo, las revoluciones de los asturianos de Asturias, que añadieron, con las inevitables conmociones, el progreso más corajudo a la España más dormida, despertándola.

Por esa razón, y al filo del Tercer Milenio, podremos compartir, en la solidaridad de la asturianía, el discurso democrático del actual Principado, cuando nos dice que hay que volver a creer en la política y en lo público para servir a los ciudadanos y propone, frente a la incertidumbre, la seguridad, el esfuerzo por el empleo, el nuevo modelo educativo en Asturias, la caminata sin vacilaciones por la identidad y la innovación en la nueva Europa, en un desarrollo industrial abierto y competitivo. Y, desde luego, en la creencia sustantiva de que Asturias y los asturianos somos la más antigua, decisiva y resistente de las comunidades europeas, y el clarinazo y el aliento para el desarrollo de las otras comunidades españolas, desde nuestro espacio solar donde viven y se conmueven las raíces del reconocimiento de la cultura cristiana.

Leyendo este cronicón escrito al estilo de los monjes que del orto al véspero trabajaban para dejar a las generaciones siguientes, tal como dice Pidal, los tesoros de las culturas griega y latina, fecha a fecha, nota a nota, he sentido la gran emoción de asistir al paso de nuestra vida colectiva como asturianos. Y, personalmente, me he conmovido hasta los hondones, leyendo lo que al Centro dieron de su esfuerzo, sin vanidades ni intereses personales, periodistas y escritores asturianos que nos honran: Juan Alberti, Juan Antonio Cabezas, Manolo Suárez Caso, León Delestal, Javier Ayesta, Faustino González Aller, Manolo Pilares, Vega Pico, Pepe García Nieto, Carlos Bousoño, Victor Carreño, Angeles Villarta, Dolores Medio... y tantos otros cuyas memorias para el elogio están en otros sitios, pero aquí en constancia de balance de un Centro de comunidad en la vocación de ser asturianos. Démosles las gracias.

Y al autor, que nos ha entregado con su labor, memorias, fiestas, misas, nostalgias, homenajes, canciones, caminos de la imaginación y de la actividad que refleja nuestra presencia colectiva.

Y el autor. No demoremos el homenaje, el reconocimiento, el abrazo al autor de esta Historia de Asturias, al que agradecería, incluso el insigne Albornoz si viviera, el trabajo inmenso que ha hecho.

*La espuma me ha dejado encanecido,
y soy como un acento circunflejo
sobre pesares, huesos y pellejo,
que alimenta su vida del olvido.*

Eduardo González Suárez - "Calle la del Rivero" (Avilés 1936-1939), "Sombra de espumas muertas en las rocas", "Canciones de la vida", y otras importantes obras en prosa y verso - es un genio de la Cuenca Minera criado en Avilés, como lo fue Palacio Valdés. Profesor. Crítico literario. Novelista con profundo saber de los hombres que viven bajo tierra, de los que andan sobre las olas, de los que saludan con sabor a sidra a las nubes, en la última cordillera histórica de Europa, se merece un homenaje que yo, desde este modesto prólogo, le brindo.